

Fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán
Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat
9 de noviembre de 2008
Jn 2, 13-22

Entre las señales y los diálogos que siguen al prólogo de san Juan, hoy, el episodio de la purificación del templo nos trae, en la fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán, una doble enseñanza: Jesús es el santuario verdadero de Dios, y los discípulos de Jesús estamos llamados a ser su verdadero templo.

Cuando el evangelista nos hablaba de la expulsión de los mercaderes del templo ha utilizado, para indicar el lugar, la palabra griega “ἱερόν” que significa: templo, pero cuando se ha referido a Jesús ha utilizado deliberadamente una palabra diferente “ναός” que más bien quiere decir: santuario, palabra reservada al sitio central del templo, lugar donde permanece la prenda de la fidelidad y del amor de Dios. Allí estaba el santo de los santos que guardaba el arca de la alianza que contenía las tablas de la Ley, una vasija con maná - el pan de los israelitas en el desierto- y la vara granada de Aarón que acreditaba la exclusividad sacerdotal de su familia.

Así, cuando Jesús responde a los judíos diciéndoles que destruyan este santuario que él lo reconstruirá en tres días, y lo hace no tanto aludiendo a la construcción arquitectónica sino refiriéndose a su cuerpo, el evangelista nos introduce en el misterio del Mesías que pasará por el sufrimiento y la muerte pero que llegará a la gloria con la resurrección. Así lo entendieron los discípulos que después de la resurrección del Señor recordaron que él decía eso y creyeron en la Escritura y en esta palabra de Jesús. Ésta es la fe de la Iglesia, ésta es nuestra fe.

Jesús es el auténtico santuario de Dios, y como tal contiene en él, no ya las tablas de la Ley, sino su plenitud que se encuentra en la Gracia y la Verdad, para nosotros fuente de esperanza y de vida. El pan celestial del nuevo Israel ya no será el maná antiguo sino la carne y la sangre del Hijo del Hombre de los cuales el pan y el vino de la eucaristía son su realidad material. Y consagrado como verdadero y único sacerdote de la nueva alianza en la pasión con su propia sangre el Señor, nos obtiene el perdón de los pecados y la vida eterna. Y a todos nos ofrece, no ya la vara granada que designaba a la casta intocable de una dinastía, sino el árbol de la cruz que une a todos los bautizados a su único sacerdocio, el sacerdocio de Cristo. Éste es el verdadero santuario de toda la comunidad cristiana y de cada iglesia particular hecho visible en la vida fraterna. En su casa de oración, que son las iglesias, brilla especialmente este misterio en la liturgia y en los sacramentos como realidad y anuncio de la nueva Jerusalén. El aniversario de la dedicación de la primera casa de plegaria después de las persecuciones, la catedral de Roma, celebra el núcleo de esta realidad más allá de cualquier edificio, y nos une católicamente con la Iglesia cabeza y madre de todas las otras Iglesias, aquélla que guarda con especial solicitud la fe del apóstol san Pedro, sobre la cual el Señor edifica su Iglesia.

En torno a este santuario que es Cristo Resucitado hay que conservar libre de cualquier comercio el templo que somos todos los fieles y que Jesús ha designado como la casa de su Padre. No convirtamos pues en mercado la casa de Padre, ni comprando o vendiendo corderos espirituales, o profanando con una conducta indigna la santidad del hombre nuevo que recibimos en el bautismo o la dignidad que tiene todo ser humano por el sólo hecho de ser persona.

La acción profética de Jesús más que purificar el templo purifica nuestra fe para que podamos tributar a Dios un culto auténtico que le dé gloria, que hable

significativamente de su bondad y de su misericordia en lo concreto de las contingencias humanas, un culto que lo glorifique por una vida solidaria con el bien y misionera en el amor, que atraiga a la fe a los que se sienten vacíos, cansados o desesperanzados, un culto que retorne al que lo haya perdido o descubra al que nunca ha tenido la alegría de vivir en la presencia de Dios. Y a nosotros este culto verdadero nos sea cada día un motivo mayor de conversión y de alegría, una conversión más profunda y una alegría cada vez más plena.